



ISA

Por Ada Albrecht

Isa tenía nueve años, y era huérfana. Había caído en poder de una viuda sin hijos, quien la había adoptado, o mejor dicho, la había arrastrado hasta su casa para que trabaje como sirvienta.

Esto ocurrió un día en que la halló deambulando por el mercado de frutas, donde la pequeña Isa se había acostumbrado a realizar pequeños mandados y comer lo que le daban. De noche dormía entre viejos cajones de hortalizas y al despuntar el alba ya estaba de pie, preparándose para otro día de rostro mezquino e indiferente. Al irse con la viuda creyó que todo mejoraría, pero la verdad fue que empeoró.

Mara —que tal era el nombre de la viuda—, se hallaba llena de reproches y rencores contra la vida que le había quitado todo lo que poseía de bueno. No podía dar amor; las puertas de su alma sólo se abrían para recibirlo. Es claro que éste nunca llegaba y su rencor crecía. Desde que llegara a su vida, Isa recibía el nefasto producto de su malhumor.

Pero Isa era una niña muy especial. Su padre había sido un *brahmín* del Templo de la Madre Lakshmi, y siempre le decía:

—Todo lo que acontece en una vida humana es siempre para bien; pase lo que pase, nunca juzgues a la Voluntad de Dios, porque Dios es nuestro mejor Amigo. La Voluntad de Dios mueve los mundos; Él sabe por qué lo hace, sabe por cierto dónde nos lleva. De modo que acata Su Voluntad con alegría.

Isa aprendió esto desde muy temprano. Al cumplir los seis años, perdió a su padre, y poco después, también a su madre.

—El Señor los llevó al Cielo de la Diosa Lakshmi —se decía—. Ahora viven en el Reino de la Felicidad. Cuando se despiertan por la mañana los *Devas* les llevan una taza de leche y miel con panecillos de crema, y los músicos celestiales que poseen vinas de oro les cantan tonadas maravillosas. Todo esto lo sé porque constantemente pienso en Dios con todo mi corazón. Él es mi Amigo a quien amo y sé que cada paso que da la Tierra al moverse en el firmamento se halla nimbado con Su Bienaventuranza. Mis padres eran muy pobres en este mundo, y ahora se hallan plenos de Gracia.

De este modo, sin importar lo que sucediera, Isa siempre llevaba el recuerdo de Dios en su corazón.

Sabido es que la paz y la felicidad siempre habitan en las cercanías de las almas puras y elevadas, como la de Isa. Y así

fue que, poco a poco, y gracias a la dulce compañía de Isa, Mara fue cambiando de actitud. Al comienzo estaba llena de iracundia, pero la suavidad y la ternura de Isa fueron mellando la dureza de su coraza psíquica, hasta que la misma cayó y sólo quedó el alma de una mujer que había vivido torturada y reprochando a la vida por todo lo que le había quitado. Con Isa aprendió que la vida nunca nos quita nada, que siempre que pensamos que algo perdemos, en realidad es porque no vemos todo lo que por otro lado, estamos ganando. Eso lo aprendió con Isa.

—Debemos vivir amando al Señor como a un Amigo —decía Isa una y otra vez. Y Mara terminó por entenderlo.

Cierta vez, Isa le dijo:

—Mi padre me enseñó que la Voluntad de Dios sin duda alguna es el eje que mueve a su Hijo Universo, entonces, ¿cómo puede haber algo malo en el mundo, si nuestro Señor lo guía?

Mara agradeció a Dios la presencia de Isa en su vida, y la adoró. ¡Oh, cómo la adoró! En su corta vida, Isa era la encarnación de la Eternidad. Lo que las criaturas humanas tardan en aprender decenas y decenas de años, Isa lo hizo en su niñez. Amó a Dios, se confió a Él, y se entregó a Él con la humildad con que el néctar se entrega a la sagrada laboriosidad de las

abejas para ser convertido en miel. Dios terminó por ser íntimo de las dos. Dios terminó por ser la luz de sus lámparas en la noche, y la Gloria de la claridad en el amanecer. Dios era el alimento de ambas, su consejero, la bendición y ternura de sus vidas.

Mara supo entonces que los milagros existían y que a veces, uno de ellos, en forma de una niñita, puede ingresar a la casa de una existencia para llenarla de luz y sabiduría.

Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura
